



Relatos

366

154

EL REY DE CORAZONES

El lobo observaba el "National Bank" desde la distancia. Sabía que él estaba allí. Subido a lo alto de uno de los tejados de Sant Louis el forajido se camuflaba en la oscuridad. Había elegido cuidadosamente su situación pues desde allí tenía la mejor visión sin exponerse demasiado. Clay se ocultó en una zona oscura del tejado y se ajustó la gabardina gris que no reflejaba la potente luz directa de la luna.

No muy lejos de allí el "El rey de corazones" miraba nervioso en todas direcciones. Sabía que alguien le observaba pero no era capaz de verle. Le resultaba extraño. Él lo veía todo.

* * * *

Un hombre pequeño y con grandes lentes sujetaba un inmenso artilugio. Las calles de Sant Louis eran un hervidero de gente y el calor ya se hacía notar en la inmensa cabeza del plumilla.

-¿Ya has encontrado algo?-preguntó una misteriosa y esquiva voz.

-Dónde está lo oculto, estamos nosotros, misterioso amigo, ya sabe, trabajo para el Tombstone Epitaph...

-¿Conoces algo del "Rey de Corazones"?

-¿Bromeas? -respondió el plumilla- Ha robado más de 700.000 dólares en el último año. Lo curioso es que nadie sabe nada de un tipo que ahora mismo es rico. Ni siquiera hay foto en los "Se Busca"...tan sólo aparece un suave corazón rojo encima de cada cartel.

-Necesito encontrarle ¿entiendes?

-¿Y crees que te voy a ayudar? Ni siquiera sé quién eres...

El gran lobo sacó su mano cubierta con un guante negro de su escondite y le hizo señas al plumilla.

-Me llamo Gerald- se presentó el hombre inundado en sudor

-Yo soy Clay- respondió el lobo mostrándose.

El plumilla no movía ni un músculo.

-¿Me ayudarás?

-No...no...no....ino he encontrado absolutamente nada del ladrón de bancos! Mi jefe me ha dicho que lo olvide. Presentamos un coleccionable sobre todos los bancos que robó la semana pasada. Ahora ando buscando al poeta Bart. Suele robar diligencias y no deja rastro alguno. Muchos agentes piensan que

él y su banda son fantasmales.

–Puedo ayudarte con tu poeta...así luego tú me ayudas con el ladrón de bancos...

–¡Trato hecho!

* * * *

En mitad del desierto la extraña pareja formada por el lobo y el pequeño plumilla aguardaban ocultos tras unos cactus muy altos.

–¿No había lugar más cómodo?– protestó Gerald.

–Sí que lo hay. Pero a menos que nuestro amigo sea un fantasma de los de verdad aquí no podrá olerlos. Los cactus absorben todos los olores incluidos los corporales– respondió Clay.

–Lo que tú digas...

El lobo cambió su mirada.

–Noto algo...

En la distancia apareció una caravana al galope. El conductor, un viejo mexicano algo cansado se disponía a parar cobijado por unos riscos muy cerca de los cactus dónde Clay y el plumilla se ocultaban, así que aminoró el ritmo de los caballos.

Al pasar un recodo apareció alguien en mitad del camino apuntando con un rifle al conductor. El atracador ocultaba su cara con una capucha hecha con un viejo saco de grano con agujeros para los ojos. Su voz era profunda, cavernosa y sobrenatural.

–Sean bienvenidos a su atraco de las diez menos veinte– rogó en un pulcro Inglés americano.

Al tiempo que pronunciaba éstas palabras Bart miró hacia los riscos, sin embargo no vio nada.

–Por dónde íbamos, señores, ah, sí, tengo algo para ustedes– dijo lanzando un trozo de papel escrito.

–Éste es el poema que he hecho para Vds....deberían sentirse honrados, ahora denme todo el dinero o los chicos de mi banda, situados a ambos lados del camino les balearán a la primera.

Instantes después de la arenga de Bart un maniquí cayó cerca de la caravana partido en mil pedazos junto con un rifle descargado. Al instante siguiente cayó el otro maniquí.

–¿Éstos eran tus hombres, poeta?–rugió Clay sin revelarse.

Bart no se lo podría creer y echó a correr.

No mucho más lejos una cadena enganchó sus pies y cayó al suelo.

–¡Ahhhhhhhh, está ardiendo!– chilló el poeta.

* * * *

–¿Cómo sabías que no era un fantasma?– preguntó Gerald algo más tarde.

¿No has visto sus calcetines negros sobre sus botas? Por eso no había huellas.

–¿Y cuál es el plan?–continuó el plumilla.

–¿El plan? –dijo Clay con cierto tono relajado– el plan es esperar a que vengán a buscar a éste farsante. Tal vez encontremos algunas respuestas– finalizó mirando al poeta atado con cuerdas.

* * * *

Algo pasó un instante en el umbral de la ventana. Gerald roncaba a pierna suelta. Entre medio de sus tremendos ruidos Clay observaba por la ventana. No se fiaba.

El lobo abrió la puerta y salió al exterior de la caseta dónde aguardaban acontecimientos. Su mirada era profunda y enérgica. Sabía que no estaba sólo.

* * * *

El sonido de un disparo cruzó la distancia. El proyectil impactó contra la puerta de la cabaña. Clay abrió la puerta. El misterioso “Rey de Corazones” estaba bien cerca.

–¡Eres difícil de ver, lobo!

–Sólo me ven aquellos que algo quieren–contestó.

–Estoy aquí por mi hermano, vengo a buscarle.

–¿Eres el hermano del poeta?–preguntó Clay– Tú voz me suena, mucho

–¿Y tú? ¿A quién tengo el placer de saludar?

–Me llamo Allison, Allison Clay

–¿Clay? –gritó la voz– ¿eres tú?

–Sí.

El lobo se inclinó ligeramente casi a cuatro patas sobre el suelo.

–Estabas a mis órdenes. Soy el sargento Barry. John Barry

–Ya decía que su voz me sonaba

–Te perseguí durante un año cuando desertaste...

Clay observaba fijamente el suelo. Con los rayos de sol podía ver una tenue sombra no muy lejos de él. En un rápido movimiento comenzó a echar tierra hacia atrás con sus dos piernas como si fueran las patas traseras de un gigantesco animal.

La tierra y el polvo cegaron a la misteriosa presencia y la hicieron visible, al fin.

El lobo se quitó la cadena enrollada en su inmensa gabardina gris y lazó a su contrincante usando la cadena como látigo.

* * * *

Horas más tarde el sargento Barry despertó.

Clay le miraba fijamente. El lobo tocó ligeramente al sargento quitando la tierra. Los rasgos del sargento desaparecían.

–¡Ahora entiendo cómo pudo robar todos esos bancos sin que nadie lo viera– dijo Gerald cogiendo su cámara y haciéndole una instantánea que casi ciega al lobo.

–Los chicos y yo encontramos un horrible monstruo en el mar. La extraña criatura estaba formada por pequeños fragmentos de terror, miembros humanos como deformados. Logramos abatirlo y creíamos andaba bien muerta y capitulando. Yo me acerqué a él a ver si había claudicado pero me comió. Los chicos lo remataron pero yo ya estaba en su estómago. No me devoró. Desde entonces la gente no me veía. Ni siquiera los chicos. Al principio era muy frustrante. Abandoné el ejército. Todos pensaban que me había matado aquel horror así que no tuve que preocuparme. Esta es una vida muy distinta, chico.

El sargento Barry, mientras hablaba volvía a hacerse invisible pues la tierra y el polvo se desprendían de él.

–¿Y cómo hace lo del corazón rojo?–preguntó Gerald.

–Es mi pistola. En la recámara relleno un polvo de dura roca roja que se encuentra por el desierto. El cañón del revólver tiene forma de corazón así que cuando se dispara la última bala se queda mi firma para la posteridad...

Un primer disparo proveniente de la silla dónde parecía no haber nadie atravesó la sesera del plumilla.

Totalmente oculto el rey de corazones había disparado su curiosa arma.

Seis disparos después un disparo menos ruidoso estampó un corazón rojo en el pecho del menudo Gerald.

–¡Este Oeste le ha hecho diferente, sargento! No es usted un simple desertor...

Clay sacó un naipe de su gabardina y éste comenzó a soltar chispas.

* * * *

Varias horas más tarde la moto de Clay atravesaba los parajes desérticos del extraño oeste. Su cadena ardía y lucía incandescente.